

amenazas, y envaina su espada, y responde por fin al Prelado suplicante: «No por los hombres, sino por Dios, en cuyo nombre me habláis, concedo perdón y paz; idos al templo á dar gracias al Todopoderoso, rogad por el sosiego de Barcelona, por la tranquilidad de España; y no olvidéis á los valientes que perecieron pocos dias há en las calles y en las plazas, defendiendo el orden y las leyes.» ¡Qué espectáculo más bello! ¡qué escena más digna y más grandiosa! Entonces los amigos de Espartero hubieran dicho á sus adversarios: «¿Veis al hombre á quien queriais derribar, á quien insultabais y escarneciais; veis cómo sabe sostener la altura de su posición? ¿veis al hombre á quien achacabais que se humillaba ante los motines, cómo sabe refrenarlos con mano fuerte, cómo sabe ser inexorable con los revoltosos? ¿no comprendéis su tacto político y su religiosa generosidad, en no dejarse ablandar por las súplicas de nadie, y en condescender luego que le habla el venerable Prelado?» ¡Vanas ilusiones! vanas ilusiones, que los hechos desmintieron de una manera atroz, que nos dolemos que no se convirtieran en realidades, para bien de España, para salvación de Barcelona, para gloria de Espartero. Sí, y nos duele profundamente, porque ya que los diez años de revolución habían turbado el suelo de la infeliz España, ya que una cadena de miserias, de crímenes y desastres, habían inundado de amargura nuestra desventurada patria, agradáranos sobre manera que en el desenlace del formidable drama se hubiese presentado una figura digna, gigantesca, que con su grandor nos indemnizara de tanta mezquidad y pequeñez; porque cuando trazamos con severa mano los tristes rasgos de la fisonomía del ex Regente, no lo hacemos con secreta complacencia, sino con el vivo pesar de que en la persona del soldado de fortuna no nos deparase la Providencia un hombre grande.

Ni los comisionados ni el obispo pudieron ver al Regente, ni obtener del ministro una palabra consoladora; rogaba el obispo, rogaban con él otras personas respetables,

y el Presidente del Consejo nada sabía responderles, sino *la España toda, la Europa entera nos está mirando; nada puede concederse; sumisión completa, rendirse á discreción.....* Si, razón tenéis, la España toda, la Europa entera os está mirando, absorta, pasmada, al ver que españoles, vais á incendiar la más bella ciudad española; si, razón tenéis, la España toda, la Europa entera os está mirando; y esas palabras salidas de vuestra boca en un sentido que por decoro nos abstenemos de calificar, entrañan para vos y para el hombre á quien servís algo de fatídico y terrible; la España toda os está mirando, para lanzar sobre el Regente su anatema tan pronto como estalle el cañón de Monjuich. Jefe de la nación, vais á destruir una de sus más preciosas joyas; dice bien vuestro ministro, la España toda os está mirando y se están dando también todos los españoles una mirada de inteligencia para concertarse, para aprestarse al combate, para levantarse todos juntos como un solo hombre, para haceros huir de Madrid, para empujaros hasta las playas gaditanas, para lanzaros con espada en mano á un navío extranjero; para deciros en viéndoos ya en salvo: Idos, no queremos derramar vuestra sangre, no queremos entregarnos á la venganza; idos, que vuestro castigo sea el recuerdo de las llamas de Barcelona y Sevilla, que nuestra venganza sean los remordimientos que roerán vuestro pecho, allá bajo las tinieblas de la sombría Albión.

EL BOMBARDEO

Pero sigamos el hilo de la historia. Volvieron los comisionados á Barcelona, y en cumplimiento de su deber pusieron en conocimiento del público el verdadero estado de las cosas, y los trámites que había seguido el negocio. Con fecha 1.º de Diciembre, publicó un manifiesto donde en breves palabras refiere la historia y el resultado de

los pasos que acababa de dar para la salvación de Barcelona (1).

Estando las cosas en situación tan desesperada, todavía trabajaba la Junta, todavía trabajaban de acuerdo con ella muchos ciudadanos, aconsejando una sumisión completa,

(1) BARCELONESES: La Junta que vosotros elegisteis os debe una manifestación franca y sincera de todos sus actos, dirigidos únicamente a terminar la situación crítica en que la ciudad se encuentra. Apenas instalada en el día de ayer procuró ponerse en comunicación con el Excmo. Sr. Capitán general D. Antonio Van-halen, y proponerle las bases de un arreglo, bases que aunque solamente presentadas de palabra, se reducían á correr un velo sobre los hechos que han pasado, que la M. N. continuara tal como estaba el día 14 de Noviembre, y que se tuviera toda la consideración posible con los oficiales y soldados del ejército que hubiesen contribuído á aquellos hechos.

Viendo que no podían ser admitidas, formalizó la comisión enviada al cuartel general otras más sencillas y que reasumieran los principales puntos en que creía debe insistir; tales son: Primera. Que la ciudad de Barcelona y su vecindario no sufriría castigo alguno por los hechos que han pasado, promovidos por los enemigos de su prosperidad. Segunda. Que los milicianos nacionales que tenían las armas antes del 14 de Noviembre último las conservarían, mientras que la Excmo. Diputación provincial y Ayuntamiento organizaban la fuerza ciudadana conforme á reglamento. S. E. consultó estas bases con el Gobierno de S. M.; y manifestó que por las instrucciones que acababa de recibir no podía tampoco admitirlas y nos comunicó el siguiente escrito:

«Que únicamente como medio que garantice el deseo de someterse á la ley, debe llevarse inmediatamente á efecto el depósito en Atarazanas de todas las armas sacadas de aquel parque, tomadas de los cuerpos, y que han sido entregadas á la M. N. desde Octubre de 1840 hasta el día, permitiendo la ocupación de dicho punto de Atarazanas para hacerse cargo del armamento y demás efectos de guerra tomados de los almacenes y de las tropas que capitularon; que los promovedores y directores principales de la insurrección serán castigados con arreglo á las leyes; que los habitantes de Barcelona sometiéndose al Gobierno podrán contar con su clemencia, no debiendo dudar de la disciplina de las tropas, que no sólo respetarán la

que previniese la horrorosa catástrofe. Eran las doce del día: cuando los ánimos se inclinaban ya á someterse á la exigencia del Gobierno, cuando eran muy pocos los que trataban de resistencia, cuando había fundadas esperanzas de que se allanarían todas las dificultades, entró en la ciudad un oficial parlamentario llevando el *ultimatum* del

propiedad de todos los habitantes, sino que la defenderán igualmente que las personas según lo han hecho siempre.

Que no se admitirá más contestación que la ejecución en todas sus partes de cuanto va expuesto, ó la negativa en el término de veinte y cuatro horas.

Como la Junta nada podía resolver por sí, llamó á su seno á los señores comandantes de batallón y alcaldes de barrio para enterarles del resultado de sus operaciones, y explorar la voluntad general, á fin de saber si se adherían ó nó á las condiciones del citado escrito. Discutida detenidamente la cuestión, presentándola con toda verdad y sin hacerse ilusión alguna, se resolvió en sesión de esta mañana, que otra vez se presentara al cuartel general la misma comisión de la Junta, acompañada de S. E. el señor Obispo, á quien se suplicó se dignara dar este paso en bien de una ciudad tan importante. La comisión, si bien con desconfianza, no ha vacilado en ver por segunda vez no sólo al conde de Peracamps, sino que también dirigirse al presidente del Consejo de ministros. El resultado ha sido insistir en las mismas proposiciones que había manifestado anteriormente.

Sabida esta resolución, el único deber de la Junta es comunicarla al pueblo de Barcelona para que la milicia ciudadana, representada por sus comandantes, y el vecindario entero por los señores alcaldes de barrio, manifiesten á la Junta si se someten á las órdenes del Gobierno de S. M. para que pueda así comunicársele.

En el caso contrario, la Junta cesa de hecho, porque no ha podido realizar su cometido y debe manifestar que el Gobierno ha indicado que desde luego va á empezar las hostilidades contra la ciudad.

La Junta se abstiene de todo comentario: Barcelona entera está interesada y ella debe decidir de su suerte.— Barcelona 1.º de Diciembre de 1842.— Juan de Zafont.— José Soler y Matas.— José Armenter.— Antonio Giberga.— José Puig.— Salvador Arolas.— Laureano Figuerola, vocal-secretario.

Capitán General, cuyo contenido terriblemente amenazador fué conocido por la población muy antes que el pliego fuese entregado al secretario de la Junta. Prescindiremos de quién fué el indiscreto ó malicioso que en circunstancias tan críticas difundió la alarma; sea como fuere, consignamos este hecho por lo que pueda valer; advirtiéndole que la Junta en su *Reseña histórica* lo hace notar como cosa muy significativa, no sabemos si con datos particulares, ó bien por mera sospecha fundada en la extrañeza del caso; debiéndose añadir que el contenido del *ultimatum* se supo *literalmente*, como se expresa en la mencionada *Reseña*.

Entonces comenzó el terrible estado de indignación, de furor y de anarquía, en que se vió sumida la ciudad por espacio de largas horas. Inútil fué la voz de los prudentes, ya nadie escuchaba á los que aconsejaban sumisión completa: era sumamente peligroso pronunciar esta palabra, porque la desesperación y el despecho señoreaban los ánimos, cegándolos con espantoso frenesí. Suena de nuevo la campana de rebato, el ruido de cornetas y tambores atruena la ciudad, las turbas desbandadas corren en todas direcciones pidiendo armas, alentándose unos á otros, bramando de rabia contra el Regente y el General sitiador. Doloroso es recordar las escenas de aquella tarde; nó porque aquellos desventurados derramasen ni una gota de sangre, nó porque atropellasen las casas particulares, ni insultasen á los transeúntes, sino porque siempre es cosa horrible ver á una población como Barcelona, en manos de fuerzas abandonadas á sí mismas, sin una autoridad, sin un jefe, sin un director siquiera. La milicia nacional ya no existía; no hubiera sido posible reunir cien hombres con alguna apariencia de organización; no había más que grupos, individuos sueltos, que no sabían qué hacerse ni á dónde acudir, aun cuando muchos de ellos no rehusaban arrostrar el peligro. Formóse una nueva Junta de la manera que se deja suponer; dió ésta algunas providencias que nadie obedecía, como que intentaba tomar una actitud imponente, y llamaba á las armas, y mandaba formar

barricadas, y amenazaba con pena de muerte á los que se negasen á acudir en el momento del peligro, y publicaba otras providencias semejantes, que bien se podían comparar á las últimas convulsiones de un moribundo.

Todavía salió otra vez de la ciudad el venerable obispo para ver si era posible detener el golpe; el ilustre prelado se presentó al alojamiento del Regente, pidió audiencia, y le fué negada.

Llegó la noche, que parecía cubierta con doble velo: las tinieblas aumentaban el horror en que estaba sumida la ciudad; de un momento á otro aguardábamos que tronara el cañón de Monjuich, y que empezaran á caer los proyectiles que por espacio de tantos días estaban como suspendidos sobre nuestras cabezas. Amanece, y el bombardeo no ha comenzado aún; la esperanza volvió á renacer; el sol no se levantaba claro y despejado sobre el bello horizonte de Barcelona, como que el ánimo se resistía á creer que el astro del día hubiese de presenciar la horrenda catástrofe. ¡Qué espectáculo tan desgarrador presentaba la infortunada ciudad en las horas que precedieron al primer estallido! Casi todas las puertas estaban cerradas, las calles desiertas; sólo las cruzaban de vez en cuando algunos paisanos con su canana y fusil; algunos hombres que conducían enfermos á lugar seguro, alguna madre que pálida y llorosa iba á ocultar sus hijos debajo una bóveda; algún ministro del altar que iba á ofrecer el sacrificio de paz y de amor, suplicando al Omnipotente para que detuviera el cruel propósito de un hombre desatentado. Pasaban las horas y el cañón no tronaba; Barcelona se parecía á un ajusticiado á quien se prolongan las angustias del cadalso, haciéndole aguardar mientras se preparan á su vista los instrumentos del suplicio. Todos cuantos podían ver el formidable castillo, todos fijaban en él su mirada; como el infeliz que va á expirar en el patíbulo, no aparta los ojos del verdugo.

Sonó por fin la hora fatal, tronó el cañón, zumbó el proyectil, y el estrépito del derribo de los edificios no dejó

duda que la catástrofe comenzaba. Levantóse en muchos puntos de la ciudad una confusa gritería, un fatídico alarido; en unos de espanto y horror, en otros de rabia y despecho saludando al primer mensajero de incendio y devastación. Pero un momento después, sobrevino un silencio profundo, cual si Barcelona hubiese dejado de existir. Es imposible formarse idea de lo que estaba sucediendo; es imposible concebir toda la barbaridad, todo lo gratuito y voluntario de aquella atroz medida, á no haber estado dentro de la ciudad en aquel formidable trance; á no haber recorrido sus calles durante las aciagas horas. Espartero se complacía en bombardear una ciudad abandonada, donde apenas existían enemigos á quienes combatir, donde no había un jefe obstinado á quien fuese preciso doblegar. Bastaba dar una ojeada en todas direcciones para convenirse de que nadie mandaba: ningún medio de defensa; ningún resguardo contra los proyectiles; todas las puertas cerradas; ninguna protección para socorro de los transeuntes; nadie podía contar sino con sí mismo, porque faltaba la autoridad tutelar que en semejantes casos disminuye las desgracias y hace menos horrible el infortunio. Y suerte que todavía hubo quien providenció para acudir á los incendios que tan pronto se presentaron y que con tal rapidez se propagaban; pero tal era la situación de la ciudad, tal la falta de medios y prevenciones, que si al día siguiente hubiese continuado el bombardeo, es probable que sufriera Barcelona un espantoso incendio que la borraría del mapa de España.

Pero nó, no era posible que continuasen las bombas otro día; á muchas leguas al rededor se oía el estruendo del cañón; la sangre de los catalanes hervía en sus venas; los pueblos se conmovían; la compasión excitaba el furor y la rabia contra el autor de tamaña catástrofe. Si Van-halen no mandara suspender el fuego, si no aprovechara el primer momento de penetrar en la ciudad, quizás un somatén general anunciara el momento de una conflagración espantosa, y la crueldad obcecada habría experimentado lo que

puede la cólera de los catalanes tan indignamente provocada. Más diremos: Barcelona se rindió, abrió las puertas á las tropas, no precisamente por los proyectiles de Monjuich, sino por hallarse sin un caudillo que la alentase y dirigiese; por ver que aquella resistencia era estéril, sin ni aun remota esperanza de algún resultado. No sabemos lo que le habría sucedido si en aquella tarde hubiese desembarcado alguno de los caudillos que llegaron en Junio á las costas de Valencia; si se hubiese difundido la voz de que Narvaez, ó Concha ú otro general afamado acababan de llegar á la ciudad y de encargarse del mando, y que recorría los puntos de la muralla. Una chispa eléctrica arrojada sobre un montón de pólvora no hubiera producido un efecto más vivo é instantáneo; los hombres más pacíficos hubieran corrido á las armas, y hubieran clamado que se los condujese al encuentro del bárbaro que tan impunemente incendiaba sus hogares. Porque era cruel, era atroz, era desesperante, el pasar las horas con los brazos cruzados, oyendo un estallido y otro estallido, un zumbido y otro zumbido, y un estruendo y otro estruendo; y ver que unos edificios se desplomaban y que se incendiaban otros, y que se estremecían todos; era desesperante el estar aguardando el momento fatal en que el proyectil caería envolviéndonos en las ruinas de la habitación sin poder resistir, sin saber á dónde atacar, viendo de una parte una montaña inexpugnable vomitando hierro y fuego, y de otra al hombre feroz que contemplaba con cruel sonrisa su obra de devastación y de luto.

RÍNDESE BARCELONA, Y ENTRAN LAS TROPAS;

MARCHA EL REGENTE Y SE VUELVE Á MADRID.

Rindióse la ciudad, entraron las tropas; mas parecía imposible que el Regente que había venido en persona á sojuzgarla, se volviese á la capital de la monarquía sin haber

visto con sus ojos las desgracias que acababa de causar. Hizolo así, no obstante; siguiendo una línea de conducta tenebrosa, suspicaz, indescifrable, se mantuvo encastillado en Sarriá, sin que los barceloneses supieran de su existencia, sino por algún decreto que los afligía. Sin hablar á Barcelona, sin hablar á Cataluña, sin hablar á la nación, y después de tan graves y tan dolorosos acontecimientos emprende su camino de Valencia, silencioso, mudo, como avergonzado de lo que acababa de hacer, y llevando en su corazón un punzante remordimiento, y presintiendo quizás su propia ruina, corre á distraerse pasando por debajo de los arcos de cartón, que á despecho del pueblo de Valencia le ha preparado uno de sus más humildes servidores. Espera una ovación, saluda á los circunstantes, se esfuerza en inspirarles entusiasmo: ¡vanos esfuerzos! los valencianos veían á la espalda del Regente la llama de los edificios de Barcelona. Cuando el grito de los desgraciados hacía estremecer á la nación entera, mal podía ser vitoreado por hombres generosos el que tan gratuitamente había querido ser la causa de tantas calamidades.

El agudo grito de indignación y de horror, levantado en los cuatro ángulos de la nación al difundirse la noticia de la catástrofe de Barcelona, fué la señal de alarma para derribar un poder que afeaba la legitimidad de su origen con la negrura de su conducta. Desde entonces ni paz ni tregua; desertaron de las banderas del Regente crecido número de sus antiguos defensores; todos los partidos estaban acordes en que era preciso aventurar una batalla decisiva, ó para derribar á un poder incorregible ó para forzarle á entrar en un sendero menos indigno de la nación.

Entre tanto, cegado Espartero de una manera incomprendible, como que se esforzaba en exasperar más y más la indignación pública con la arbitrariedad de sus medidas, había impuesto á Barcelona la escandalosa *erogación* de doce millones, y se empeñaba en llevar á cabo la injusta exacción, á pesar de la resistencia que encontraba

en la ciudad. De esta suerte provocando á cada momento escenas desagradables y hasta peligrosas, dando lugar á reclamaciones de las corporaciones populares y de otras que se interesaban en el negocio, ocasionando que la prensa se ocupase de continuo de tamaña injusticia é ilegalidad, prestaba motivo á que le abandonasen hasta los puritanos constitucionales, y á que pusiesen el grito en el cielo los que se gozaban ya en la próxima ruina del odiado enemigo.

A su vuelta en Madrid, encontró una acogida fría y desdenosa, á pesar de los amigos que por diferentes causas se había granjeado en la corte: tanta era la fuerza de los acontecimientos, que no fué posible no diremos excitar el entusiasmo, mas ni siquiera la apariencia de la más ligera simpatía. Habiendo entrado por la puerta de Atocha, no obstante la concurrencia atraída por la curiosidad y la hermosura del día, no pudo el bombardeador de Barcelona recabar algunos vivas de la multitud. Sólo uno que otro muchacho daba de vez en cuando algunas voces, que el Regente se apresuraba á contestar con amables saludos, esperanzado de que siquiera por cortesía le había de dirigir algunos vítores el pueblo de la heroica villa. Todo fué en vano: la multitud se mantuvo silenciosa y sombría, y fuerza le fué al Regente cesar en sus saludos y trocar su semblante risueño en aspecto grave y disgustado. «¡Qué contraste tan significativo, decía á la sazón un periódico, presentan la entrada que ayer hizo el Regente del reino, y la que en Octubre de 1840 hizo el duque de la Victoria! Si este personaje que hoy rige los destinos de España comprendiera y diese todo su valor á las causas que producen tan grande diferencia, quizá cambiaría de rumbo la nave del Estado y cesarian en gran parte los males que nos afligen.» Tan fría acogida, tan chocante diferencia entre la entrada de 1840 y la de 1843, revelaban con bastante claridad que el Regente estaba desconceptuado aun entre los mismos progresistas, los que no querían ya lisonjear á un hombre que tenía contra sí el anatema de la nación.